

ANTONIO PEREIRA, Cancionero de Sagres. Arbolé-7.

Madrid, 1969.

Si supieras Antonio Pereira que tu Cancionero lo he releído junto al mar de Portugal, en la anchurosa y azul playa de Figueira da Foz...

Por eso hoy estas notas críticas toman esta forma epistolar, íntima y entrañable. Hubo querido Pereira en el poeta-abogado premeditación y alevosía, y hasta un poquito de nocturnidad, al llevarme a mí descanso portugués tu libro, que es uno de los itinerarios líricos mejor conseguidos de la tierra de Pessoa.

Herido por la luz, acariciado por la brisa, lleno de arena muchas veces tu «Cancionero de Sagres», bajaba conmigo a la playa, se zambullía, cuando salía del mar y hasta alguna página conserva la huella de la humedad y del olor marino.

Mis paseos por Buarcos, por el puerto, por la ría en mis andanzas pesqueras me ponían en contacto con estos hombres que tú cantabas en tu libro.

Y así fui seleccionando poemas que se clavaban en mí como *Canción de la raya*, *Paisaje con hombres*, *Viniendo por Peñafiel*.

Al llegar a «Cementerio de Évora» me descubrí en silencio para admirar, para releer una y veinte veces el corto poema, que cuando lo leí en alta voz, produjo en mí el nudo en la garganta que precede a la emoción sincera y te confieso que hacía tiempo que unos versos no me hacían llorar tan espontáneamente. El que quiera sentir, que los relea, yo lo incluyo totalmente como se merecen destacar, unos versículos de tan alta calidad y altura:

«Aquí yace José

Pinto da Silva,

tipógrafo esmerado,

hombre de bien...

Sus deudos lo recuerdan

para siempre».

Y no fue vanidad, piedra gastada

en balde. A muchos años de silencio

yo pienso en él, lo reconstruyo

tipógrafo esmerado;

hombre de bien,

José

Pinto

da Silva.

Acaso nunca fue tan verdadero.

Ahí queda eso. Sí, amigo, ahí queda el ejemplo de una elegía sensacional. De una sencillez sobrecogedora. Ahí queda el acierto cuando el poeta, siente de verdad y hace coincidir la sorpresa del tema y la forma de tratarlo. Ese solo poema justificaría el libro.

Pero la originalidad vuelve de nuevo cuando describes el retrato por Orlando Pelayo:

Apenas besa y firma

«Mariana Alcoforado»,

retorna el torbellino ¡ahora más rojo!

Por Dios, no se disuelva la hermosura

que hace secas las bocas con que pienso.

Mis ojos ya no están ¡la prisa loca

de encontrar un caballo!

El viaje tuyo portugués, es bastante más que un viaje, es descubrir un poeta nuevo o encontrar «al cajero del Banco Ultramarino», o «al dueño de la onrivesaria», o «a un mendigo que estaba en los peldaños». Homenaje de poeta a poetas cuando dices donde nacen y cantan su saudade:

La ceniza del mirto,
el otoño de Távora,
las islas de la bruma,
las alas de los sueños,
el alma de los árboles,
el libro de las magoas,
la sombra azul del humo.

¡Qué verdad portuguesa en «La espera»! , cuando dices que los portugueses «no se cansan de esperar».

En la segunda parte Antonio, vuelves a ser el poeta del «Monte y los caminos». Lisboa desfila de una y mil maneras. En la coral, en el hotel, en el cine con un ironizado acomodador, en el recuerdo de la infancia.

Romances que encandilan a Portugal. O noticias como la que das a Rafael Morales en la que te presentas con esa novedad de tu verso libre, tan auténtico y bien hilvanado, que da gusto seguirte.

El poema final del libro, confirma lo dicho Antonio. Has hecho un libro nuevo, con amor y desenvoltura, con acierto e imaginación. Que busca el concepto y lo encuentra. Ejemplo: «Orilla, el río»

Verdaderamente Antonio Pereira, depura su lenguaje y lo hace brillar en este «Cancionero de Sagres», homenaje a Portugal, pero del poeta también es, la concepción y la subjetividad de todos los versos. Buen acierto de López Anglada al incluir en su colección este importante poemario.